

EL CAMPO DE DISPUTAS IDEOLÓGICAS Y SU RECONFIGURACIÓN EN EL ÚLTIMO PROCESO ELECTORAL

Natalia Sierra Freire*
Alejandra Delgado Chávez**

Resumen

Los resultados de la votación en las elecciones de febrero del 2021 en el Ecuador, muestran la reconfiguración del campo de disputa político-ideológico de la sociedad. Las transformaciones socio-económicas operadas durante los último 40 años y, específicamente, las que tuvieron lugar a partir del año 2000 se condensan por efecto de la crisis sanitaria y fisuran el campo. El confinamiento y sus consecuencias en la vida social, crean las condiciones psicopolíticas que permiten el surgimiento legítimo de otras inquietudes y problemas de la sociedad, que hasta este momento se encontraban en los márgenes del campo de disputa. Otro pensamiento que se expresa en la votación de respaldo a Pachakutik y la Izquierda Democrática, trastoca las coordenadas ideológicas que definieron los temas y preocupaciones en disputa de las última década y media. Paradójicamente, aunque esta irrupción ideológica se da en el contexto electoral, creemos que lo trasciende. Este ensayo intenta poner a debate las principales alteraciones y las causas de las mismas, que, suponemos, han reconfigurado el campo.

Introducción

El retorno a la democracia liberal en 1978, después de un período de dictaduras nacionalistas, trae consigo la aplicación de la política económica neoliberal. A partir de la muerte de Jaime Roldós en 1981, todos los gobiernos democráticos se alinean a las disposiciones del Consenso de Washington, hasta la llegada de la Revolución Ciudadana en el 2006. La victoria electoral del gobierno de Alianza País, abrió paso a un periodo de modernización conservadora del capitalismo. En función de este objetivo, se fortaleció el Estado, siguiendo las recomendaciones del neoliberalismo de vertiente alemana, (Foucault, 2007), para asegurar la dominación política, jurídica e ideológica de la sociedad. En el 2017, con el gobierno de Lenin Moreno, a pesar de ser el candidato del correísmo, se retorna al viejo esquema neoliberal de la derecha tradicional y a las directrices del FMI.

En las dos primeras décadas de régimen democrático, el campo de disputa ideoló-

* Dr. Philp Sociología, Pontificia Universidad Católica. Correo: bsierraf@puce.edu

** Mtr. Gobernabilidad y Gerencia Política, Pontificia Universidad Católica, madelgadoc@puce.edu.ec

gica se configuró entre los gobiernos neoliberales, que se sucedieron en el poder del Estado hasta fines del siglo pasado, y los movimientos sociales que resistían y luchaban en contra del capitalismo neoliberal. El objeto de interés y disputa era el modelo de desarrollo económico-social y el modelo político de la organización del poder. A inicios del nuevo siglo, las dos décadas de lucha y movilizaciones producen un vacío político institucional y se transforman en proyecto de gobierno; el mismo que llega a la administración del Estado en el marco regional de los llamados gobiernos progresistas.

A partir de ese momento, hay una modificación del campo de la disputa ideológica. El objeto articulador de la disputa pasa a ser el Estado, así, el problema es quién y cómo lo administra en función de la reproducción del capitalismo y con la misma organización nacional del poder. Esta reconfiguración del campo establece dos actores legítimos en disputa, que expresan dos vertientes ideológicas políticas del capitalismo en América Latina. Dos líneas gubernamentales que, con su desarrollo específico, responden a la geopolítica mundial de la confrontación entre el capitalismo nortatlántico, con la dirección de EEUU, y el capitalismo asiático, con la dirección de China. La una es el liberalismo conservador, cuyo horizonte ideológico político es el neo-

liberalismo norteamericano -Escuela de Chicago-, impuesto por el Consenso de Washington desde la época de Reagan y Thatcher, y experimentado en el Chile de Pinochet desde los años 70s y en el resto de América latina desde los 80s. La otra es el progresismo conservador, que se inscribe en el campo ideológico del neoliberalismo de origen alemán -La Escuela de Friburgo- y en ciertas formas de la gubernamentalidad asiática, vertiente que se desarrolla desde los primeros años del nuevo siglo, por los gobiernos progresista de Latinoamérica. Al interior de esta modificación, el progresismo reduce a los movimientos sociales a ser base social de su gobierno, en la disputa con el liberalismo. Se intenta neutralizar su autonomía política, integrándoles a la lógica estatal a partir de una serie de mecanismos gubernamentales de cooptación, persecución y aniquilación.

Las primeras dos décadas del siglo XXI se caracterizaron por la configuración de un campo de disputa entre las dos vertientes ideológicas del capitalismo latinoamericano y sus respectivas formas de gubernamentalidad, que buscaban la administración del Estado. Con varios años en el poder - tras la crisis de los precios de las materias primas en el 2013 (Justo, 2013), que golpea fuertemente las economías de la región y los

escándalos de corrupción en la inversión estatal- los gobiernos progresistas pierden apoyo y aprobación social. En Argentina, después de los gobiernos progresistas de Néstor Kirchner (2003-2007) y de Cristina Fernández de Kirchner (2007-2015), triunfa el gobierno liberal conservador de Mauricio Macri (2015-2019) y para el 2019 vuelve el progresista Alberto Fernández. En Brasil, después de los gobiernos progresista de Luiz Inácio da Silva (2003-2010) y Dilma Vana Rousseff (2011-2016) y la confusa presidencia de Miguel Temer (2016-2018), para el 2019 llega por triunfo electoral el derechista Jair Messias Bolsonaro. En Bolivia, el 2006 triunfa el gobierno del MAS con Evo Morales, quien se mantiene en el poder hasta el 2019 cuando, en medio de una revuelta popular, son anuladas las elecciones de su reelección y se instala el gobierno neoliberal interino de Jeanine Áñez (2019-2020), en la convocatoria electoral de ese mismo año, nuevamente gana el MAS con Luis Arce.

En el Ecuador, después de una década en el poder estatal del progresismo conservador de la Revolución Ciudadana, en la representación presidencial de Rafael Correa (2006-2017), su candidato y luego presidente Lenin Moreno (2017-2021) gobierna con el liberalismo conservador

de la vieja derecha. En Uruguay, luego de tres gobiernos progresistas de Tabaré Vázquez (2005-2010/2015-2019) y Pepe Mujica (2010-2015), en 2019 asume el poder el liberal conservador Luis Alberto Lacalle. El caso de Chile es el que mejor expresa el juego de intercambio de poder entre estas dos vertientes, el gobierno progresista de Michelle Bachelet (2006-2010/2014-2018) con el gobierno liberal conservador de Sebastián Piñera (2010-2014 2018-2021). En el caso de Venezuela y Nicaragua, si bien estos dos gobiernos progresistas mantienen el control del Estado, su confrontación es básicamente con la derecha liberal conservadora.

La disputa político ideológica de estas dos últimas décadas, desplazó a los movimientos sociales como actor legítimo de lucha en contra del capitalismo y su versión neoliberal, por efecto de la gubernamentalidad progresista conservadora que: o bien subsumió en el Estado la movilización social o bien la arrinconó en base a una estrategia de aniquilación política, ideológica y jurídica. Esta reconfiguración consolidó la lucha electoral como forma de asaltar el poder del Estado y de allí realizar las transformaciones demandadas por los pueblos. Así, más que los gobiernos liberales fueron los progresistas los que deslegitimaron la lucha social por fuera de lo electoral. Cualquiera

forma de lucha que no se inscribía en el sistema electoral y dentro de él en la propuesta del progresismo conservador fue deslegitimada, perseguida, atacada por los voceros del progresismo latinoamericano y sus aliados internacionales. Un trabajo que el liberalismo conservador tiene que agradecer a sus “rivales”, pues legitima su sistema representativo y con él ratifica las coordenadas inamovibles del capitalismo, el colonialismo y el patriarcado.

En el Ecuador, la estrategia de inscribir la lucha política en el juego de recambio gubernamental, entre las dos versiones del capitalismo patriarcal y colonial y así asegurar la reproducción del sistema, nunca logró un cierre total del campo. En el contexto de la Asamblea Constituyente (2008) se producen las primeras fisuras del campo ideológico, debido a las discrepancias políticas entre los movimientos sociales y el gobierno. En 2013, cuando Rafael Correa pone fin a la iniciativa Yasuni-ITT de dejar el petróleo bajo tierra y expone su política extractiva, el alejamiento se hace definitivo, la movilización se reactiva con fuerza y con ésta la represión estatal. Sin embargo, las fisuras no logran reconfigurar el campo, por efecto de las estrategias represivas del progresismo en el Estado y por la asimilación de las demandas de los movimientos a la disputa por la democracia del discurso liberal, en los grandes

medios de comunicación. A pesar de que vuelven al debate temas que cuestionan el capitalismo extractivo, el colonialismo cultural y la dominación patriarcal, estos no encuentran legitimidad en la sociedad, sino es a la luz del debate de la democracia liberal vs el estado autoritario. Es con la crisis sanitaria y el confinamiento que la energía de la resistencia y lucha social de los últimos 40 años, y sobre todo de los 14 de gobiernos progresistas, se condensa como crítica al modelo civilizatorio. Un gran sector de la sociedad asume como suyas las demandas de los movimientos sociales y las legitima en las urnas.

Otros actores irrumpen y reconfiguran el campo ideológico

En el periodo 2006 - 2017, el campo se formó en torno a la disputa por el control del Estado. Dos visiones gubernamentales que se posicionaron en la consciencia social con el antagonismo *liberalismo democrático vs socialismo totalitario*, desde la mirada de los primeros, y *derecha neoliberal vs izquierda progresista*, desde la mirada de los segundos. La figura del caudillo, que se adueñó del Estado durante una década, redujo la confrontación a la forma elemental *correísmo vs anticorreísmo*, enmiseró el debate ideológico en la sociedad y expulsó a los movimientos sociales de la

disputa. Toda la energía social fue dirigida a la disputa electoral, como la única forma legítima de poder.

Así, en el discurso del liberalismo conservador, los movimientos y organizaciones sociales que resistía al Estado correísta, eran posibles aliados útiles en su lucha por la democracia liberal, no actores legítimos con su propio horizonte ideológico y proyecto político. En las dos miradas del poder, los movimientos sociales sus luchas y demandas son recursos utilizables y manipulables en su disputa por el control del Estado. En rigor, los movimientos sociales no existen en el campo ideológico articulado por el Estado como objeto de disputa e interés, (Bourdieu, 1998).

En las últimas elecciones de forma sorpresiva, las listas de Pachakutik llegan a ser la 2da fuerza en la votación legislativa, después de las listas de UNES (progresismo), y 3ra fuerza en la votación presidencial, detrás de UNES y CREO (liberalismo). Nadie esperó que Pachakutik, sin alianzas y con candidato propio, alcancen tan alto respaldo social.

El mundo indígena se posicionó en el escenario político como un movimiento político social y no como un movimiento político electoral, pese a que Pachakutik

es su partido electoral desde 1995. Es cierto que a nivel local han logrado varios triunfos electorales en las provincias donde es fuerte la CONAIE. Sin embargo, en las elecciones nacionales, ni con alianzas con otros movimientos de izquierda e incluso de centro izquierda, lograron más del 3% al 6% de la votación. Así también, el respaldo social a las listas de la renacida Izquierda Democrática la colocan como 3ra fuerza legislativa y 4ta en la votación presidencial. Esta inesperada votación social, que no se enmarcan en ninguna de las dos vertientes dominantes, perforan el campo ideológico de la sociedad y provoca su reconfiguración.

La irrupción del proyecto comunitario indígena-popular y de la socialdemocracia desgarran el clivaje derecha neoliberal vs izquierda progresista, al tiempo que desfigura el objeto de disputa que articula el campo: el Estado, a pesar de que emergen en el contexto electoral. Como tercera y cuarta fuerza, Pachakutik y la Izquierda Democrática son fundamentales en los cálculos de los candidatos de UNES y CREO para asegurar su triunfo electoral. Con todas las estrategias para captar la votación "disidente" y las negociaciones político-estatales no les será fácil suturar el campo ideológico de su conveniente antagonismo. La votación de la 1ra vuelta mostró, ya, una profunda perforación. Hay en la conciencia de un

importante sector de la sociedad otras preocupaciones, otros objetos de deseo y disputa política, que escapan y trascienden a los fabricados por las coordinadas progresismo-liberalismo, funcionales a la triple dominación: capitalista-colonial-patriarcal.

Las vertientes del poder y las disidencias ideológicas

Para entrar en el debate propuesto, se hará una breve revisión de las dos vertientes político-ideológicas del capitalismo –liberalismo y progresismo conservadores- y las alternativas expresadas en la socialdemocracia y la izquierda ecologista y comunitaria

El liberalismo conservador administró el Estado de 1981 a 2006, en atención al esquema impuesto por el programa de ajuste estructural del Consenso de Washington. Con pequeñas diferencias entre sus distintos gobiernos –más, menos “democráticos”-, se aplicó durante 25 años el neoliberalismo. El deterioro de las condiciones de vida que este esquema económico produce, generó una continua y creciente movilización social que defenestró consecutivamente tres gobiernos, en el contexto de una de las peores crisis económicas vividas por el país. Sin duda, el momento más crítico fue el feriado bancario. Las cuentas de los depositantes fueron asaltadas en favor

de los banqueros, se hundió la economía y la sociedad se empobreció abruptamente. La catástrofe económica y social sin precedentes que provocaron las políticas neoliberales, significó la catástrofe política de la derecha liberal. Para finales del siglo XX, con más de dos décadas de gobiernos fondomonetaristas, la gubernamentalidad liberal conservadora agonizaba y, con ella, el Estado llegó al límite de su colapso. La gran mayoría de la sociedad se movilizó con la consigna “que se vayan todos”, en un claro rechazo a toda la institucionalidad estatal dirigida por los neoliberales. Un gran vacío político se abrió en el país, en ese contexto llega a la administración del Estado el progresismo conservador, con el gobierno de la Revolución Ciudadana y un 56,67% de respaldo social.

A partir de 2006 hasta la fecha, el liberalismo conservador no había podido ganar la administración del Estado. Sin desconocer la forma concentrada y autoritaria del poder estatal durante el correísmo, no se puede decir que es la causante de la debacle político electoral del liberalismo conservador. Todo lo contrario, es efecto del autoritarismo correísta que la vieja derecha pudo, durante estos últimos 10 años, recuperarse de su ruina política.

Gracias a la gubernamentalidad poco democrática del progresismo conservador - arremetida ideológica, política y, sobre todo, jurídica, en contra de cualquier organización social o persona que disienta con el gobierno, entre ellos los medios de comunicación- la vieja derecha intentó y en alguna medida logró salir de su ostracismo político. Con el discurso de la defensa de la democracia, en la figura de la libertad de expresión y en alianza con los grandes medios, líderes viejos como Nebot y nuevos como Lasso reconstituyeron ideológicamente al liberalismo. La forma totalitaria del gobierno de Correa, creó las condiciones para que la decadente derecha se aproxime a los movimientos y organizaciones sociales, en la resistencia contra los abusos de poder del progresismo. Replantean su discurso, se presentan como defensores de la democracia y la libertad de expresión y recuperan presencia política y legitimidad en la población. Es importante señalar que los grupos de poder económico articulados al liberalismo -como bancos, comercializadoras, importadoras/exportadoras, telefónicas, agroindustrias, petroleras y mineras- fueron beneficiados durante los diez años del gobierno de Correa. La disputa liberalismo-progresismo radica en ciertas diferencias en la forma en que conciben el papel del Estado, no así en la

política económica de expansión del marco capitalista en el país.

En las elecciones del 2013, el liberalismo conservador, remozado con el discurso de la defensa de la democracia, vuelve a la contienda electoral con la candidatura de Guillermo Lasso, quien se fabrica su propio partido: Creando Oportunidades (CREO). Ante el aparato estatal correísta, con el lastre del feriado bancario y sin el apoyo de otros grupos de la derecha electoral, logra el 22% de los votos válidos, frente al 57,17% de votos para Correa, quien gana en la primera vuelta. En los próximos cuatro años, la vieja derecha se consolida un poco más con su *nueva cara democrática* y articulada políticamente al liberalismo conservador latinoamericano, con el respaldo activo del poder político de Estados Unidos y sus aliados. En las elecciones del 2017, Lasso se presenta nuevamente, esta vez en alianza con el recién creado movimiento SUMA de la misma vertiente y sin el apoyo de otros partidos de la vieja derecha como el socialcristianismo. En ausencia de Correa y con mayor desgaste del progresismo, logra pasar a la segunda vuelta con el candidato correísta: Lenin Moreno. En este momento, de mayor contradicción de la sociedad con el gobierno progresista, la derecha vigorizada consigue la adhesión de los sectores sociales anticorreístas, incluidos ciertos

grupos de la izquierda crítica. En un proceso lleno de irregularidades y acusaciones de fraude, el candidato Lasso pierde con 48.84% de la votación frente al 51.16% de la obtenida para Lenin Moreno.

El viraje político del gobierno de Moreno hacia el liberalismo conservador, tanto en sus demandas de descorreización política y de acercamiento a los organismos de crédito del eje occidental, que empezó el mismo Correa, aparecen como un triunfo del liberalismo frente al progresismo. La descorreización de la institución estatal, que ciertamente dio un respiro a las organizaciones y movimientos sociales, benefició fundamentalmente a la derecha. La reforma institucional significó la recuperación del liberalismo en su disputa por el control del Estado. El alejamiento del gobierno de Moreno del progresismo, lo acercó al liberalismo en la realidad de su gubernamentalidad y en el imaginario de la sociedad. En lo último, jugó un papel importante el resentimiento correísta por “la traición de Moreno”. La descorreización del Estado, que empezó con la convocatoria a consulta popular para reformar la constitución (DW, 2017), ocupó dos años del gobierno morenista. Al término de este proceso, tuvo que enfrentar los graves problemas económicos que se arrastraban desde la última presidencia de Correa. “El gobier-

no de Lenin Moreno la tiene difícil. Sin duda heredó una pesada cruz resultado de diez años de desperdicio histórico, sin transformaciones estructurales y con problemas agravados que dejaron al Ecuador como un país incierto que no cambió.”. (Acosta-Guijarro, 2018). La política económica se distingue, según los mismos analistas, por: “una reiterada indefinición, donde se combinan la inercia correísta y la profundización neoliberal.” Lo cierto es que, en el imaginario social y en la opinión pública quedó establecido que Moreno llevó el progresismo a su deriva neoliberal. La situación económica de la sociedad se deterioró, el anuncio de eliminar los subsidios de los combustibles lo enfrentó a la más grande movilización indígena-popular de la última década. Con la llegada de la pandemia y sus consecuencias económico-sociales, la incapacidad del gobierno de responder a la grave crisis sanitaria y con una serie de escándalos de corrupción en plena emergencia, la impopularidad de Moreno y su gobierno se desarrolla de manera exponencial. En mayo del 2020 inicia su último año presidencial con 14% de credibilidad. (Cedatos-Gallup, 2020).

La cercanía del liberalismo conservador al gobierno de Moreno, visible en el contexto de la revuelta de octubre, debilita la recupera-

ción política de la derecha en los sectores indígenas y campesinos, que mínimamente logró en el último gobierno de Correa, con su discurso por la defensa de la democracia. En el contexto de la pandemia y la profundización de la crisis económica, la cercanía a un gobierno ineficiente y a la indolencia de los bancos, debilitan aún más la recuperación política de esta versión gubernamental. En la primera vuelta de las elecciones nacionales del 2021, se evidencia la derrota de la derecha liberal conservadora. El candidato de CREO en alianza con los socialcristianos logra apenas el 19,74% de los votos válidos, frente al 28.09% que obtuvo en el 2017 en alianza con SUMA, porcentaje que además está cuestionado por la denuncia de fraude hecha por Pachakutik. En la composición de la nueva Asamblea, el PSC logra 17 puestos y CREO 12, juntos suman 30, 9 menos que en la elección anterior, que, entre el PSC, CREO y SUMA daban un total de 39 asambleístas.

Es innegable que las elecciones nacionales muestran un descenso en la recuperación política del liberalismo conservador, que tuvo su mejor resultado en las elecciones nacionales del 2017. Sin embargo, de lo cual, según los resultados avalados por el CNE, numéricamente, sigue siendo la segunda fuerza política electoral

del país después del correísmo. Siempre quedará la duda que quizás estos no son los resultados reales, sino producto de un fraude electoral.

El progresismo conservador

Luego de 14 años de administrar el Estado en sus dos líneas "correísmo" y "morenismo", ha perdido capital político, a pesar de seguir siendo la primera fuerza electoral del país. En el primer gobierno de Correa (2007-2013) se dieron las primeras fisuras con el movimiento social, debido a ciertas tendencias extractivistas, neocoloniales y machistas en varias políticas estatales del correísmo. Esta es la razón que explica el inicial distanciamiento del progresismo con los movimientos y organizaciones sociales, que posteriormente se hace insalvable. (Varios Autores, 2013) Para el último gobierno de Correa (2013-2017) el descenso del progresismo ecuatoriano es un hecho.

Las demandas de los movimientos sociales, que en su nacimiento recogió la Revolución Ciudadana, como fundamento de su programa de gobierno, fueron paulatinamente abandonadas. El proyecto giró a la afirmación y ampliación del marco mercantil, apalancado en el extractivismo expansivo y en el fortalecimiento del Estado autoritario. Por esta razón, varios analistas de la izquierda crítica, cercanos a

las organizaciones sociales, caracterizaron al progresismo como un programa de modernización conservadora del capitalismo. (Varios autores, 2014). El modelo económico y político que se implementó era claramente capitalista, patriarcal y neocolonial, marcado por formas gubernamentales caudillesca, machistas y racistas. La deriva conservadora del progresismo, no solo ecuatoriano sino latinoamericano, lo configuró como un ensayo de dominación del capitalismo en la región. Frente a la crisis de la gubernamentalidad neoliberal que puso en riesgo la hegemonía capitalista en Latinoamérica, el progresismo se convirtió en su carta de recambio. (Sierra, 2017).

Desde la perspectiva de los movimientos y organizaciones sociales y las izquierdas críticas, el progresismo conservador fue un gran fraude. (Varios Autores, 2018).

A nivel de la estructura económica, el progresismo conservador no se diferencia del liberalismo, si entendemos que son formas gubernamentales que responden a la reproducción del capitalismo en la región, en sus distintos ciclos. A su vez, el Estado represivo que construyó el progresismo para reprimir la resistencia social, le sirvió igualmente al liberalismo que gobernó con Moreno, para reprimir el levantamiento de octubre de 2019.

En el nivel del discurso y en ciertas prácticas de control político, el progresismo asumió los recursos ideológicos de la izquierda más conservadora y colonial de origen europeo, que se resiste a admitir la lucha antipatriarcal y anticolonial e impone la visión empobrecida de la lucha de clases. Un discurso viejo que corresponde a otro momento histórico y a otros contextos económicos, sociales y culturales, se usó como excusa del autoritarismo estatal, necesario para imponer aceleradamente la modernización capitalista. Con la tesis descontextualizada de "las condiciones objetivas" y "las fases de la revolución", se afirmó el capitalismo extractivo como vía hacia la industrialización que nunca llegó. Había que crear "las condiciones objetivas", a través del asalto al Estado burgués, volverlo una estructura dictatorial que lleve adelante la "transformación social". A partir de este discurso, de la izquierda más positivista, se justificó el ataque al mundo indígena y a sus organizaciones, consideradas enemigas de la "revolución" del socialismo del siglo XXI, "enemigas del progreso", como siempre las calificó el liberalismo conservador. Un discurso claramente neocolonial que, en su principio ideológico, no se diferencia del discurso colonial del liberalismo conservador.

El fortalecimiento del Estado, realizado por el progresismo, alimentó la dominación patriarcal en su nivel sistémico, afectando la autonomía de la sociedad, de las comunidades y de las mujeres. Violencia estatal sistemática que se la hizo en nombre de la transformación del país y en beneficio de la sociedad. De una sociedad que era incapaz de saber y hacer lo que su búsqueda de libertad y justicia le dictaba y, por lo tanto, tenía que dejarse organizar y guiar por el estado dominador y su caudillo. Cuando la sociedad intentaba recuperar su identidad y autovaloración, a través de sus organizaciones políticas autónomas, entonces estaba justificado maltratarla para que entienda que la violencia de las políticas económicas, sociales, educativas, culturales, etc. asumidas por el Estado, eran por su bien y el de la revolución. Como parte de la violencia estatal estaban los bonos, los subsidios, las sabatinas, donde se maltrataba y adulaba. Así, encerraron a la sociedad en el ciclo de la violencia masculina. *No importa que roben, que despilfarran y hagan negocios privados con la riqueza pública, que nos insulten, que nos humillen, que nos silencien, que se burlen del saqueo que cometen, mientras algo nos den, mientras algún afecto muestre a la víctima.* A esto se sumó la visión conservadora y machista de Correa que persiguió y judicializó

a la lucha de las mujeres por la despenalización del aborto y de las diversidades sexogenéricas por sus derechos civiles. Un progresismo con la visión más recalitrante de la Iglesia.

El progresismo conservador se caracterizó por: una economía extractiva, en su fase más devastadora; por la implementación de un estado autoritario, que garantizó la colonización del mundo de la vida indígena-campesino; y por la total incorporación de la sociedad a las lógicas del capitalismo globalizado y a los requerimientos del mercado mundial. Un desarrollo depredador que continuó el modelo extractivo del liberalismo conservador y que certificó el papel impuesto a nuestros pueblos por el capitalismo central.

El proyecto de modernización conservadora y autoritaria, es incapaz de responder a las nuevas demandas sociales propias del capitalismo tardío y global. El progresismo no empata con la lucha ecológica que disputa el sentido civilizatorio y por lo tanto es profundamente anticolonial; tampoco empata con las luchas feministas que buscan destruir el patriarcado y con él su institución fundamental el Estado. A pesar de lo que proclaman, tampoco empatan con los trabajadores y sus demandas, pues efectuaron un ataque metódico contra el trabajo.

Con los altos precios del petróleo implementaron un neo desarrollismo que favoreció los negocios de las grandes corporaciones, que “ganaron” las licitaciones de la inversión estatal corrupta. La política extendida para los sectores populares fue básicamente la de subsidios a la pobreza, aplicada también por los gobiernos neoliberales. Esto explica que en los 10 años de gobierno correísta, y sobre todo desde su segundo período, haya perdido paulatinamente apoyo social.

En las elecciones del 2013 Correa gana en una sola vuelta con el 57.17% de los votos válidos; en el 2017 Lenin Moreno consigue en la primera vuelta el 39.36% y en la segunda gana con el 51,16%; en el 2021 Andrés Arauz obtiene el primer puesto de la primera vuelta con el 32.73% de los votos válidos. Se puede observar un descenso del apoyo 6.01% del 2013 al 2017 y del 2017 al 2021 de 6.63% si sumamos los dos hay un descenso de 12.64% desde el 2013 al 2021. A esto hay que agregar que en el 2013 Alianza País logró 110 puestos en la Asamblea, lo que significó el 51.95% del total de la representación; en el 2017 bajó a 74 asambleístas que representan el 39.07% del total; y en el 2021 consiguen 49 puestos, que representa el 32.21% del total. Hay un descenso en el primer periodo del 12.88% y en el segundo de 6.86%, ambos suman un total

de 19.74% que significa 61 asambleístas menos, y obviamente la pérdida del control total de la Asamblea legislativa con el cual gobernaron los primeros años. (CNE, 2021)

En los primeros años, la base política de la Revolución Ciudadana se encontraba básicamente en la sierra, cuando de una u otra manera la propuesta de gobierno estaba articulada al proceso social de lucha y resistencia al neoliberalismo. Desde el momento en que el gobierno correísta se alejó del programa de los movimientos y organizaciones sociales y optó por una gubernamentalidad con claros rasgos del populismo conservador, su base social de respaldo se mudó para la costa. La región históricamente manipulada por los populismos de la derecha, incluida la lumpenizada, se convirtió en la base del voto duro del progresismo conservador. Así, desde el 2017, el progresismo disputa la votación populista con la derecha y pierde presencia en las zonas del país donde hay más organización social autónoma y consciente.

Mientras los liberales conservadores tratan de negar la lucha ideológica en una suerte de declarado pragmatismo económico que sostiene que ya no es época de izquierda ni de derecha, sino del crecimiento económico, los progresistas afirman la lucha ideo-

lógica en contra del neoliberalismo, ubicados como la única izquierda posible. En términos reales, los dos responden a la ideología materializada del capitalismo y su discurso de la política realista o Realpolitik. En rigor, nada de idealismo ni utopías, hay que entender que el capitalismo es demasiado poderoso y adaptarse a la búsqueda del interés de su reproducción a cualquier costo. (DiccionariodelPoderMundial, 2021) Las dos vertientes se mueven por objetivos políticos-económicos dictados por los poderes globales, de ahí su reticencia a siquiera mirar las demandas de la sociedad y mucho menos sus ideales de transformación, justicia, equidad, autonomía y libertad. Desde esta perspectiva, comparten un sometimiento a las lógicas del triple poder con beneficios corporativos para sus grupos.

Con ciertas diferencias, para estos dos gubernamentalidades, el Estado es la base de su poder y hay que aumentar su fuerza para ampliar el marco mercantil, sea en la versión estadounidense, alemana o asiática del neoliberalismo. (Foucault, 2007). Los derechos humanos y la responsabilidad ambiental, han sido esquivados en favor de las consideraciones económicas, impuesta por el capital noratlántico o asiático. De forma parecida, han hecho uso de

la potencia del Estado para amenazar, coaccionar, persuadir, negociar e incluso pactar entre ellos para obligar a la sociedad a aceptar su política económica.

Las sorpresas: la socialdemocracia y la izquierda ecologista. Más allá de los números, importa la irrupción de Pachakutik y la Izquierda Democrática en el balotaje del 2021, hecho que provoca una reconfiguración del campo ideológico dominado por el liberalismo y el progresismo conservadores, durante los últimos 14 años.

La mayor sorpresa fue la alta votación de Pachakutik, históricamente no habían pasado del 3% en alianzas con otros partidos, al menos para las representaciones nacionales. En el 2018 hubo una alta votación para la representación local, que le colocó a Pachakutik como tercera fuerza electoral, junto al progresismo y al liberalismo de la derecha. Sin embargo de lo cual, pasar de 3% a 20% en la votación nacional no se explica por una evolución de la votación del 2018. Creemos, al contrario, que se operó un salto cualitativo en el respaldo electoral al movimiento indígena, posible por la crisis sanitaria y la declaratoria de pandemia mundial. La paralización social del 2020 condensó: por un lado, las tres décadas de lucha social articuladas por el movimiento indígena en contra del capitalismo neoliberal-extractivista y de la colonización cultural; y, por

otro, la energía social femenina que persiste en preservar la vida.

Si se observa las provincias donde mayor votación tiene Pachakutik - 7 de las 10 provincias de la Sierra y las 6 de la Amazonía -, es claro que son aquellas donde hay fuerte presencia del mundo indígena y de sus organizaciones sociales. Desde los años 80s, el mundo indígena y campesino a través de la CONAIE desplegó un proceso sostenido de resistencia y lucha en contra del capitalismo neoliberal, extractivista y colonial. Un proceso de lucha en contra del proyecto de las élites globales, que fue ejecutado por todos los gobiernos "democráticos", que se sucedieron en estas 4 décadas. Más allá, de las diferencias entre un gobierno y otro, todos respondían a las demandas de los ciclos del capital internacional y a las disputas políticas de los grupos de poder económico regionales y nacionales; de ninguna manera a un proyecto realmente popular. Sin duda, la dirección política la tuvo el movimiento indígena, que se convirtió en referente del antineoliberalismo, el antiextractivismo y el anticolonialismo.

A lo largo de estos 30 años, la energía de la movilización social se mantuvo constante, con momentos de alta y baja intensidad. La década de los noventas, abierta con el primer levantamiento indígena, fue un período intenso de movilización

social contra el proyecto neoliberal, que defenestró los gobiernos de Bucarán, Mahuad y Gutiérrez. Desde el 2006 hasta el 2019 asistimos a un periodo de baja intensidad de las movilizaciones, por efecto de la política estatales de control, represión y destrucción sistemática de las organizaciones sociales, que implementó el gobierno del progresismo conservador. En octubre del 2019, la intensidad de la movilización retornó con la fuerza del levantamiento de 1990, sin embargo, debido a la paralización social de la pandemia no pudo desplegarse en el 2020. Se produce, así, una represión abrupta de la energía social que, al no poder desplazarse en las formas de levantamientos, marchas, manifestaciones, caminatas, plantones, huelgas, etc., se condensa en el respaldo electoral del 2021 a Pachakutik.

El confinamiento y las graves consecuencias económico-sociales para los pueblos indígenas y campesinos, produce un efecto de condensación de sus luchas que se expresó en el voto orgánico y masivo del mundo indígena. Se produce, creemos, un salto cualitativo en la consciencia indígena. De la identidad cultural saltan a la identidad política, de la movilización social a las urnas. El voto de respaldo al Pachakutik, en casi todas las provincias donde hay presencia de los pueblos indígenas autoidentifi-

cados culturalmente, muestra el paso a su autoidentificación política. Votan por los candidatos escogidos por su organización, no por los liberales ni por los progresistas. Es un voto que se explica en el salto cualitativo de la identidad socio-cultural a la identidad política. Lo que queda por saber es: si esa identidad política puede regresar a la movilización social como voluntad de autonomía, respecto a las instituciones del Estado y a la democracia representativa.

La crisis sanitaria provocó mutaciones en la estructura de la sensibilidad, tanto individual como colectiva. Un gran sector de la sociedad se vio interpelado a pensar su existencia y a redefinir principios, valores, prioridades, al menos durante los primeros meses de confinamiento de 2020. Encerrado, aislado y empobrecido, el ser humano tiene el tiempo y el espacio para mirarse en su indigencia y conectarse con la vida en sus niveles fundamentales, como la salud, el alimento, los afectos, la compañía y los cuidados. El planeta fue testigo de la importancia fundamental que tienen todas las actividades que garantizan la vida. Así, la sociedad regresó su mirada al mundo del cuidado, mundo de lo femenino donde se producen los afectos y la empatía que sana el cuerpo y el espíritu, donde se siembra y se cosecha el alimento que calma el hambre. Los ojos

sociales redescubrieron el campo, allí donde miles de familias indígenas y campesinas producen el alimento que nos mantiene vivos. La comunidad de los afectos que nos cuidan se actualizó, como el espacio al que se regresa una y otra vez cuando las ilusiones de la modernidad se alejan. El universo femenino social y natural que proporciona la vida se revalorizó cuando se enfrentó a la enfermedad y la muerte.

Los cambios en la estructura de la sensibilidad conectaron a mucha gente con lo elemental de la vida, de allí creemos surgió una intuición que llevó a varios sectores urbanos a respaldar la propuesta política de Pachakutik. Es el único movimiento político electoral que emerge del mundo indígena y campesino, no solo el que se encuentra en la ruralidad, sino el que atraviesa la estructura urbana. Es el único movimiento electoral que por la realidad de sus bases sociales puede proyectar una trayectoria distinta, que nos conecta con el mundo de la comunidad, el cuidado y el alimento. La votación urbana del Pachakutik parece haber intuido que hay otro camino distinto al ofrecido por el liberalismo y el progresismo conservador. Otra trayectoria que escapa a las coordenadas del capitalismo extractivo que depreda la naturaleza, los territorios, la comunidad; que depreda el alimento, el cuidado, la salud y los afectos.

Después de llegar a la presidencia con Rodrigo Borja en 1990, para 2010 la Izquierda Democrática estaba prácticamente extinta. Inesperadamente, en estas elecciones se colocó como cuarta fuerza política con el 15,68% en la votación presidencial y como tercera, junto al socialcristianismo, en la Asamblea con 18 asambleísta que representa el 11,98% del total. El respaldo que obtuvo la socialdemocracia, al parecer, se inscribe en las fracciones urbanas de las clases medias, mujeres y jóvenes y empresarios medios. Sectores sociales cuyas demandas están ligadas al cuidado ambiental, a los derechos civiles, a los derechos de los animales y a formas más democráticas del ejercicio del poder gubernamental. Un sector social que no encuentra representación en las dos versiones conservadoras que han disputado los últimos 15 años el Estado, justamente por su visión y práctica conservadora y populista en temas de derechos sociales. Sospechamos que es un sector mestizo con ciertos prejuicios sociales y culturales respecto a la propuesta que viene de Pachakutik, que encontraron en el candidato de la socialdemocracia una cercanía de clases que no encuentran en el movimiento indígena.

Es posible que la votación de Pachakutik y de la Izquierda Democrática sean la expresión de una posición de clase, y no populista

como la que respalda a los conservadurismos liberal y progresista.

Ideas a debate

¿Por qué Lasso ganó al progresismo con parte de los votos de los pueblos indígenas?

En la segunda vuelta electoral gana las elecciones presidenciales 2021 el candidato liberal conservador Guillermo Lasso con 52,43% frente al 47,57% del candidato del progresismo Andrés Arauz. Si se compara los porcentajes obtenidos en la primera vuelta, se puede observar que Lasso suma para su triunfo 32,69% de la votación que no le respaldó en la primera vuelta, y Arauz alcanza un 14,88% más de lo obtenido en el primer balotaje. Prácticamente Lasso duplica el apoyo a Arauz, sobre todo en las provincias de la Sierra y la Amazonía, que en la primera vuelta votaron por Pachakutik. El voto nulo sube al 16%, y en provincias como Azuay, Bolívar, Chimborazo, Tungurahua y Cotopaxi supera lo obtenido por el candidato Arauz. Es importante tomar en cuenta que, en la primera vuelta, las provincias de la Sierra (con excepción de Imbabura y Carchi) y la Amazonía votaron a favor del candidato de Pachakutik y no de Lasso. Esto podría significar que, los votos que obtuvo Lasso en estas provincias fueron en contra del progresismo y no a

favor del neoliberalismo. La pregunta es: ¿por qué en esos sectores, los que no acogieron el voto nulo, el anticorreísmo es más fuerte que el anti neoliberalismo?

Una primera y rápida lectura miraría un proceso de derechización del mundo indígena, que le dio el triunfo a Lasso frente a Arauz. Esto podría sostenerse, si en la primera vuelta este sector hubiese apoyado a Lasso, quizá podríamos quedarnos con esa lectura y explicarla en la experiencia que tuvieron con el gobierno de Correa, donde fueron perseguidos, humillados, judicializados por defender sus derechos colectivos y sus territorios contra el extractivismo progresista. Sin embargo, esa misma lucha contra el progresismo conservador muestra que no se derechizaron, pues mantuvieron sus demandas históricas en contra del modelo de desarrollo colonial y capitalista que aplicó el neoliberalismo en su primera fase y, también, el progresismo en su paso por el Estado. La comprensión de que las dos vertientes del capital hacen igual daño a los derechos de los pueblos y comunidades indígenas, se expresó en el voto nulo, queda entonces saber las razones que explica los votos que fueron para Lasso.

Arriesgamos una lectura un poco más detenida. El apoyo a Lasso, que es un rechazo a Correa, cree-

mos, se puede comprender en la articulación de una serie de experiencias en la relación con el gobierno progresista: 1. El proyecto de la Revolución Ciudadana surgió gracias a los 25 años de lucha popular en contra del neoliberalismo, eso lo hacía no solo cercano a los pueblos indígenas y campesinos, sino atado a sus demandas históricas. 2. Ese proyecto se articuló en torno a muchas organizaciones y movimientos sociales, a sus discursos, a sus símbolos, a sus deseos y a sus esperanzas. De "repente", al poco tiempo de estar administrando el Estado, el progresismo se volvió contra esos pueblos, organizaciones y movimientos. 3. Los progresistas afirmaron el Estado represivo para atacar perseguir, reprimir, judicializar, criminalizar, encarcelar a los pueblos que se suponía eran sus mandantes directos. 4. Atacaron sus territorios y su cultura por exigencia del modelo extractivista que implementaron con la misma fuerza y violencia que los neoliberales. 5. Fortalecieron el Estado para destruir las comunidades con políticas públicas coloniales, como la destrucción de la educación intercultural bilingüe, el abandono y ruina del mundo campesino. 6. Pervirtieron los discursos y los símbolos de la emancipación política y cultural para justificar el ataque racista, colonial, machista y extractivista a los pueblos. 7. Se hicieron funcionarios del Estado y pasaron de ser compañeros/ras de

vida y de lucha a ser jefes que decidían y mandaban por y sobre los pueblos; patrones que exhiban su poder estatal con la misma o mayor obscenidad que la derecha; espías en las organizaciones para destruirlas, dividir las, neutralizarlas; nuevos ricos llenos de privilegios que olvidaron y despreciaron sus orígenes. 8. En la pragmática económica se hicieron aliados de los grupos de poder financiero, exportador, importador, comercializador y sobre todo extractivista.

Se dirá, pero los neoliberales hicieron lo mismo, claro y quizá peor, pero no son cercanos, son el poder que siempre han combatido – desde siempre hasta octubre del 2019-. Ellos, los neoliberales coloniales, racistas y explotadores han provocado la indignación histórica de los pueblos, que han luchado contra ellos y los seguirán haciendo. Sin embargo, los progresistas no solo causan la misma indignación, sino además una profunda tristeza y decepción. Por haber sido cercanos a los pueblos y haber nacido de sus procesos, su viraje hacia los intereses del capitalismo extractivo, del estado patriarcal y colonial es una traición que los pueblos indígenas la castigaron con su voto anticorreísta. Es un voto que expresa, desde nuestro punto de vista, la justicia indígena. Una buena ortigada y un baño de agua fría para que entiendan que no se hace daño a la comunidad, para

que se purifique y puedan revisar sus acciones. Si no se entiende esto, no se comprende la cultura de los pueblos ancestrales de la cual somos parte. Indigna más el daño de los que se consideran propios, que de los extraños. Eso lo saben los propios progresistas con su experiencia con Lenin Moreno.

Con Lasso en la presidencia, los pueblos indígenas campesinos y populares se organizarán en la lucha que la han dado históricamente. Hoy, con una diferencia importante, hay en formación una nueva identidad política que está articulada a su identidad socio-cultural y que es el núcleo de una izquierda comunitaria, ecológica, antipatriarcal, anticolonial, antiextractivista y anticapitalista. El porcentaje del voto nulo es la huella que marca un nuevo campo de confrontación, que delinea otras trayectorias para los pueblos.

El campo se reorganiza

Los resultados del último proceso electoral muestran una reconfiguración del campo de la disputa política ideológica en la sociedad ecuatoriana. En los últimos 14 años, el campo se constituyó como el espacio de los conflictos político-ideológicos entre el progresismo y el liberalismo conservadores, en su lucha por

llegar al Estado e imponer su forma de gobierno. Al interior de esta disputa, produjeron problemas, discursos y opiniones legítimas para el consumo político de la sociedad, los unos desde los canales estatales y los otros desde el monopolio de los medios de comunicación de masas. Cada uno hizo alianzas nacionales, internacionales e incluso globales para obtener recursos económicos, políticos, ideológicos y jurídicos e imponer como opción legítima su versión gubernamental para dirigir el Estado y el capitalismo.

Los temas de debate se inscribieron en torno a la forma de gobierno más adecuada para administrar la expansión mercantil en el país. Es decir, la forma de la estructura jurídico política del Estado capitalista. El discurso se centró en más democracia, que para los liberales se reducía a la libertad de expresión y sobre todo de mercado, y más Estado, que para los progresistas servía para llevar adelante su cruzada modernizadora, sobre cualquier derecho colectivo o individual que contradiga el interés general. 14 años de ataques, insultos y descalificaciones personales con las que se evadían los temas que no se centraban en la disputa por el Estado y en el desarrollo del capitalismo. En esta confrontación, las organizaciones y movimientos sociales fueron: a) Para el progresismo, los enemigos

de la "revolución" a ser divididos, neutralizados y silenciados con todos los dispositivos represivos del Estado. b) Para los liberales, los aliados coyunturales mientras la correlación de fuerzas les era desfavorable porque no controlaban el Estado, apenas volvieron a tener participación en él desplegaron todo su visión clasista, racista y colonial.

Pese al control del campo político-ideológico por las dos vertientes dominantes, y al ataque del progresismo durante sus gobiernos, los movimientos y organizaciones sociales mantuvieron su autonomía ideológica. La lucha contra la triple dominación fue constante, sus demandas contra el extractivismo, el patriarcado y la neocolonización, lograron legitimidad política, así como de sus propuestas sociales alternativas. Resistieron a todo intento de inhabilitarles para ocuparse de los asuntos políticos, para dar su opinión sobre ellos e incluso para modificar su curso. El proyecto "Minga por la Vida" (EFE, 2020), presentado por el Parlamento Plurinacional de los Pueblos, es un ejemplo de la legitimidad y autonomía de la organización social. Por una década y media, los movimientos sociales forcejearon por no desaparecer del campo de disputa y diferenciar su ideología y su práctica política tanto del progresismo como de liberalismo. Una resistencia que se sostenía en

la movilización social y que se expresó contundentemente en la rebelión de octubre del 2019, pero que no cuajaba en lo político electoral.

Con la crisis sanitaria y la declaratoria de la pandemia, que confinó y aisló a la sociedad, la resistencia social se condensa como fuerza ideológica-política en las elecciones del 2021. Una fuerza inesperada que rompe el campo político ideológico, configurado por el clivaje liberales-progresistas. Durante el confinamiento, esos otros problemas, otros discursos, otras opiniones que planteaban los movimientos sociales, irrumpen en la conciencia de un gran sector de la población. Preocupaciones que muchos sectores, sobre todo de jóvenes, campesinos, mujeres, trabajadores, son asumidas como propias. El riesgo de perder el trabajo se extendió por las fracciones de las clases medias. La flexibilización laboral, la reducción de salarios y la pérdida de empleo, dejó de ser un asunto de las fracciones de las clases bajas. La falta de atención de salud y el peligro de enfermedad y muerte inminente, se amplió a los sectores medios con seguros privados. Toda la sociedad dependía de la red de salud pública, desvalijada por todos los gobiernos neoliberales. El peligro que significó la propagación del virus y su conexión con el modelo de desarrollo económico, depreda-

dor de la naturaleza, fue preocupación de la mayoría de la población y no solo de los grupos ecologistas. La violencia de género e intrafamiliar se agravó de forma abrupta durante el confinamiento, haciendo público un problema considerado privado y evidenciando la dominación masculina. La preocupación por la producción de alimento sano, se convirtió en prioridad para la mayoría de la población. Quizá de ahí la necesidad de dar importancia al mundo campesino y responsabilizarnos por sus dificultades, como propias. La educación se volvió algo incierto para la gran mayoría de los y las estudiantes. Frente a la muerte se entendió que la salud y la alimentación son prioritarias y no pueden ser servicios privados.

No es parte de esta reflexión analizar todas las preocupaciones que interpelaron la conciencia social. Se ha hecho algunas referencias para explicar la condensación de la resistencia ideológica de los movimientos sociales, en la preocupación de una gran parte de la sociedad. Una preocupación que se convierte en una corriente ideológica que atraviesa las clases medias y bajas y fisura el campo hegemónico liberal-progresista. La crítica al capitalismo, al patriarcado y al colonialismo se extendió por amplios sectores de la población.

La complacencia populista liberal y progresista, que otorga al pueblo el conocimiento irreflexivo de la política electoral con el cual consiguen los votos para ser gobierno, fue agrietada por la capacidad de producción de discursos sobre los problemas de la sociedad, aquellos que van más allá de la disputa por el voto e incluso por el control del Estado. El campo de la disputa política-ideológica en la sociedad, ya no es solo el trazado por la relación liberalismo vs progresismo en su lucha por el control del Estado.

Hoy hay un actor político-ideológico legítimo y en crecimiento. Un actor que trastoca y cambia los temas de debate impuestos por los dueños de los instrumentos de producción de problemas y opiniones durante estos 14 años. (Bourdieu, 1998) La crisis ambiental, la irresponsabilidad con las otras especies animales, la dominación patriarcal colonial y capitalista sobre la sociedad y sus instituciones, son problemas que ya están incorporados en la reflexión de un gran sector de la población. La aceptación de estos problemas y la necesidad de dar respuestas a los mismos, se expresó en un voto consciente de los problemas e intuitivo de las posibles salidas.

Un voto diferente del voto mediocre del populismo con el cual

funciona y se reproduce la democracia electoral. Un voto que sorprendió a las élites político-ideológicas y desordenó su campo de disputa, con el cual han asegurado la triple dominación. Un voto que, por inesperado, destapó la degeneración del sistema electoral, con la denuncia de un masivo fraude que no se limita a la manipulación numérica de las urnas, sino a todo el proceso de la democracia representativa; a su mercantilización y a su corrupción. Un voto que mostró otro campo de preocupación y pensamiento, que se visibilizó en el proceso electoral y, sin embargo, expresa una energía de movilización social que no necesariamente apunta a tomarse el Estado. Una energía capaz de modificar el curso de la política atrapada en el Estado, hacia la autonomía política de la sociedad que le permita construir otro futuro.

Por último, el triunfo del liberalismo conservador es puramente formal. En rigor, llegó al Estado con el 20% de los votos válidos, los que sumaron para su triunfo fueron votos de rechazo al progresismo conservador, el resto son votos de UNES y un gran porcentaje de nulos y abstenciones. En la Asamblea su fuerza se enfrenta al progresismo y a la alianza Pachakutik-Izquierda Democrática. En la sociedad se enfrenta a un gran descontento popular con las élites políticas y específicamente con aquellas que

ya han administrado el Estado en la década del progresismo y los 20 años de neoliberalismo. El voto del triunfo del liberalismo conservador es un voto contradictorio, que no

legítima al nuevo gobierno y que, creemos, expresa una reconfiguración compleja y conflictiva del campo de la disputa político-ideológica en el Ecuador.

Bibliografía

- Foucault, M. (2007). *El nacimiento de la Biopolítica*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Justo, M. (9 de Mayo de 2013). *El fin del auge de las materias primas: ¿golpe para América Latina?* Recuperado el 15 de Marzo de 2021, de BBC News Mundo: https://www.bbc.com/mundo/noticias/2013/05/130509_materias_primas_america_latina_mj
- Bourdieu, P. (1998). *La Distinción, criterios y bases sociales del gusto*. Buenos Aires, Argentina: Taurus.
- DW. (2017 de noviembre de 2017). *Ecuador: Lenín Moreno convoca consulta popular*. Recuperado el 17 de marzo de 2020, de DW: <https://www.dw.com/es/ecuador-len%C3%ADn-moreno-convoca-consulta-popular/a-41589794>
- Acosta-Guijarro, A.-J. (5 de abril de 2018). "¿Plan o rata-plan?". Quito, Ecuador. Obtenido de https://www.academia.edu/36375939/Acosta_Alberto_y_Cajas_Guijarro_John_2018_Plan_o_rata_plan
- Cedatos-Gallup. (24 de mayo de 2020). *Lenín Moreno inicia último año presidencial con 14% de credibilidad*. Recuperado el 17 de marzo de 2021, de El Universo: <https://www.eluniverso.com/noticias/2020/05/24/nota/7850160/lenin-moreno-inicia-ultimo-ano-presidencial-14-credibilidad/>
- Variosautores. (2014). *La Restauración Conservadora del Correísmo*. Quito, Ecuador: Montecristi Vive.
- VariosAutores. (2013). *El Correísmo al Desnudo*. Quito, Ecuador: Montecristi Vive.
- Sierra, N. (2017). *La dominación progresista, el poder como instrumento de dominación*. Quito, Ecuador: La Tierra.
- VariosAutores. (2018). *El Gran Fraude*. Quito, Ecuador: Montecristi Vive.
- CNE. (18 de marzo de 2021). *Concejo Nacional Elector Gobierno del Ecuador*. Recuperado el 18 de marzo de 2021, de I: <https://cne.gob.ec/>
- DiccionariodelPoderMundial. (18 de marzo de 2021). *REALPOLITIK*. Obtenido de Diccionario del Poder Mundial: <http://poder-mundial.net/termino/realpolitik/>
- EFE. (19 de Julio de 2020). *La Repúblia*. Recuperado el 30 de marzo de 2021, de <https://www.larepublica.ec/blog/2020/07/19/indigenas-de-ecuador-presentan-su-minga-por-la-vida-alternativa-al-fmi/>